

Fecha
19.09.2009Sección
Primera-OpiniónPágina
23

“Juanito”, el bumerán

María Teresa Priego

En el pasado, aquellos que locamente buscaron el poder cabalgando a lomo de un tigre acabaron dentro de él: Kennedy

En estricto sentido, Rafael Acosta no “buscó el poder”. Se lo encontró. Iba pasando y se lo colocaron en las manos: prestaba su nombre y a él le prestaban la ilusión de participar en una elección. El “honor” de ser fiel a su líder. Su nombre inscrito en las boletas. El Rafael Acosta que era en aquel momento, “Soy comerciante ambulante”, prometió renunciar tal y como se lo pidieron. Tenía todo por ganar, puesto que, en principio, no tenía nada que perder. Lo que aquel Rafael Acosta no sabía aún —y *Juanito* tuvo clarísimo a velocidades inusitadas— eran las dimensiones de ese “todo” por ganar. “Voy a cobrar la primera quincena como delegado de Iztapalapa y me voy. Sí, me voy a ‘desquitar’ con 40 mil pesos y después pido licencia para que entre Clarita”. Después, *Juanito* se dio cuenta y le ayudaron a darse cuenta de que andaba cortísimo de miras. Se podía “des-quitar” a cambio de bastante más. Pasó a ser *Juanito*, el legítimo; Clarita, a “delegada espuria”.

Cuando habla, *Juanito* no utiliza el “plural real” de la mayoría de los políticos (real de realidad, no de realidad): “pensamos”, “hicimos”, “decidimos”, tan sorprendente cuando se les escucha y constata que la persona se está refiriendo a él mismo, a su personita, y recurre a ese plural mayestático, paradójicamente, para intentar parecer “modesto”. Sería —creen— demasiado “arrogante” decir sólo “yo”. *Juanito* no derrapa en esos retruécanos de la pretendida humildad de la clase política. Él va derecho a la cima, sin barniz y sin remilgos. Habla de él mismo en tercera persona, como quienes se suponen ya inscritos en la historia: “Se quisieron quedar con toda la delegación sin darle a *Juanito* nada a cambio”. “No tengo ningún temor de ser expulsado del partido. Cualquiera quisiera tener a un *Juanito* en sus filas”. Están él y su *alter ego*. Pero el *ego* de su *alter* ya estalla en los letreros de neón y las mayúsculas. La persona desdoblada. Cree que es marca registrada: “Puedo fundar un partido. Si tengo mucha gente a nivel nacional donde me siguen”.

No se siente obligado a sostener la promesa de aquel Rafael Acosta, ese comerciante ambulante dispuesto a malbaratarse. Se subió al lomo del tigre. Y, “humano, demasiado humano”, le encantó. Se “descubrió” mediático, se convenció de que es un líder popular. Habla en nombre del “pueblo”. Le han hecho “89 entrevistas internacionales”, bien contadas. ¿Perdió los pedales? Quizá. *Ma non troppo*, dado que

con los pies bien en la tierra de las conveniencias, las componendas y las vencidas, reclama la mitad de los puestos de la delegación como condición para renunciar. El otro Rafael se conformaba con acompañar a AMLO en sus giras, *Juanito* declara que ya no lo reconoce como su *presidente legítimo*. Entre otros avatares —me imagino— porque la palabra “legítimo” ya es su territorio personal. No puede haber tantos. La palabra se desgasta.

Perdió los pedales y no. Están obligados a negociar con él. Descubrió la popularidad, esa fantasía de “sobrexistencia” que pueden fabricar los medios. Descubrió el poder. Se lo pusieron en las manos. Descubrió aquella cínica frase atribuida a Berlusconi: “¿El poder se padece?”, le preguntaron; “Sí”, respondió. “Sobre todo si no se tiene”. Ahora sus detractores quieren que acepte “humildemente” sus compromisos y sus “limitaciones”, que se avergüence porque no sabe que Xochimilco no es un estado, que recoja sus bártulos y se vaya a su casa. Está un poquito difícil de imaginar. ¿Irse a su casa? ¿Con las manos qué tan llenas o qué tan vacías? ¿Y por qué se iría a su casa si dependen de él? Prefiere a Rambo, ir de compras y echar mucha catsup en sus camarones. Estudió hasta el segundo de prepa, lo que no es nada desdeñable. Creció en un medio de precariedad y dificultades, en el cual llegar hasta ese grado debió de costarle un gran esfuerzo. *Juanito* era quien era. ¿Engañó a alguien? Y lo colocaron donde lo colocaron.

No sabrá que Xochimilco no es un estado, pero es astuto. *Juanito bumerán* retoma el discurso de Andrés Manuel y se lo regresa como un ídem. En entrevista digital con EL UNIVERSAL David Valencia le preguntó: “¿Cuál es la principal diferencia entre *Juanito* y López Obrador?”. “Yo vengo del pueblo, de una familia con carencias y de una colonia humilde y Obrador viene de Copilco, de una zona residencial con todos los servicios”. “¿Cuál es el coche más lujoso en el que se ha subido?”. “Un tsuru”, respondió *Juanito*, como un verdadero maestro del revire. En pocas palabras, toma del discurso del otro lo que bien le conviene, y una vez centrado el punto la arrebatina se instala: uno siempre es más “fresa” que algún otro. Uno siempre es más “pueblo” que algún otro. ¿Y luego? ¿Qué circunstancia de vida es garantía de honestidad, empatía, responsabilidad y eficacia? ¿O de todo su contrario? *A priori*, ninguna. Ni ser “el más pueblo” de los alrededores ni diplomarse en Harvard.

“A *Juanito* le recomiendo que se vea en el espejo de Calderón”, declaró Andrés Manuel. Y se equivoca. Calderón no es ni remotamente el “espejo” en el que *Juanito* desea verse. Los “ca-



Página 1 de 2
\$ 35254.44
Tam: 324 cm2
ECAMPOS

Continúa en siguiente hoja

Fecha 19.09.2009	Sección Primera-Opinión	Página 23
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

trines” no le interesan. Su reflejo está en otro lado. En Andrés Manuel. En esa antigua admiración que se revierte ante el silencio de su líder. No le toma la llamada. Le deja claro que no lo considera su interlocutor. El nuevo *Juanito* no está para tolerar “ninguneos”. El espejo está roto, pero está. “Cuando López Obrador fue jefe de Gobierno solicitó, por medio de mantas, que lo dejaran trabajar”. “El pueblo me respalda por los años que he trabajado y porque creen en el verdadero cambio y el pueblo está

siempre conmigo”. “López Obrador me quiso nada más utilizar pero no me dejé porque no soy pelele de nadie”. Dice que ya es “más popular que Andrés Manuel”. Sería mucho más “económico”, en todos los sentidos, que ÉSTE se sentara frente a su antiguo discípulo (ahora rival), lo mirara a los ojos. Lo reconociera. Y negociara. No por los cotos de poder, sino por lo que verdaderamente importa ante esta absurda puesta en escena: la paz en Iztapalapa.

Escritora